

bien de hacer salir la ley nueva de las discusiones de una asamblea, hija de la elección popular; medio demasiado lento y que lo comprometería todo: necesita UN HOMBRE. Después de haber suprimido todas las voluntades individuales, las concentra en una individualidad suprema que expresa el pensamiento colectivo, y como el motor inmóvil de Aristóteles, da el impulso á todas las actividades subalternas. Así, pues, por el simple desenvolvimiento de la idea, nos vemos necesariamente obligados á concluir que el ideal del comunismo es el absolutismo. Y en vano se alegaría como excusa que este absolutismo será transitorio, porque si una cosa es necesaria por un solo momento, llega á serlo para siempre, y la transición se hace eterna.

El comunismo, plagio desgraciado de la rutina propietaria, es el horror al trabajo, el hastío de la vida, la supresión del pensamiento, la muerte del yo, la afirmación de la nada. El comunismo, en la ciencia como en la naturaleza, es sinónimo de *nihilismo*, de indivisión, de inmovilidad, de noche y de silencio; es lo opuesto á lo real, el fondo negro sobre el cual Dios, el Creador, delineó el universo.

§. X.—El comunismo es la religion de la miseria.

Al pronunciar la palabra religion, y á fin de dar á cada cual lo que le pertenece, considero como un deber declarar que, en cuanto á opiniones religiosas, no conozco una sola persona que las tenga más puras y más irreprochables que el autor de la *Historia de las ideas sociales*, el restaurador de *Morelly*, el traductor de *Campanella*, y que es imposible expresarse sobre Dios con más libertad y con ménos prevención que vos, mi querido Villegardelle. Mas... porque el comunismo tenga en vos un gran talento,

¿se sigue de aquí que el comunismo esté exento de superstición?

La comunidad, vos lo habeis reconocido, está en decadencia; es decir, que cuanto más los tiempos de la comunidad se alejan, tanto más los utopistas que la recuerdan se esfuerzan por hacerla volver, como los teóricos de la propiedad, á medida que la experiencia la condena, se esfuerzan por hacerla mejor y más cómoda. Vemos, pues, que el retroceso del comunismo está, por decirlo así, en la teoría; y al contrario, el progreso de la propiedad existe en la teoría y en la práctica á la vez. Pero desde el momento en que hay progreso, necesariamente hay trasformación, advenimiento de la idea positiva y sintética; por consiguiente, eliminación de la idea mitológica y abolición de la fé religiosa. Pues bien, me parece imposible desconocer, bajo este primer punto de vista, que el comunismo, como la propiedad, es una religion.

Los hechos vienen en apoyo de este prejuicio legítimo.

Una espesa niebla de religiosidad envuelve hoy todas las cabezas reformistas, ya prediquen la reforma á fin de conservar mejor, como los dinásticos y los economistas, ya se propongan destruirlo todo para edificar de nuevo, como los comunistas. Vuestro amigo Cabet, burlándose del paraíso y del Padre Eterno, ensalza la fraternidad como la esencia de la religion, llamándola celeste y divina. Ya hemos visto, mi querido Villegardelle, qué profundo misterio encierra para él la fraternidad. El Sr. Pecqueur, declarando impías todas las religiones *positivas* (¿qué es una religion negativa?), califica su comunidad de *República de Dios*. Tenemos, además de éstos, á los neo-cristianos y á los anti-cristianos: éstos, segun Pedro Leroux, son los san-simonianos y los fourie-

ristas. La democracia semi-comunista se atiene á la confesion de Robespierre; Dios y la inmortalidad del alma. *El Nacional*, órgano avanzado del justo medio, hace homelias sobre los *intereses espirituales* del pueblo: este es el asunto en donde demuestra ménos ingenio. Los economistas se refugian en el giron de la fé, que interpretan y modifican en sentido de las teorías malthusianas; los magistrados dan gracias á Dios por la eleccion sobrenatural y providencial de Pio IX, á la vez que protestan de su amor á las libertades galicanas; la oposicion dinástica y el partido conservador, el Sr. de Lamartine entre ellos, sólo respiran religion y piedad; la Universidad dice el *Credo* y se cree más fiel que la Iglesia, y hasta se dice que el hombre rojo se presenta de nuevo en las Tullerías

Besando la tierra, y en seguida  
Cubriendo su cabeza con un sombrero de jesuita!...

El comunismo es, pues, una religion; pero... ¿qué clase de religion?

En filosofía, el comunismo no piensa ni raciocina; tiene horror á la lógica, á la dialéctica y á la metafísica; no aprende, sino que CREE. En economía social, el comunismo no cuenta ni calcula, no sabe organizar, ni producir, ni repartir; el trabajo le es sospechoso y la justicia le pone miedo. Indigente por sí mismo, incompatible con toda especificacion, con toda realizacion y con toda ley; tomando sus ideas de las más antiguas tradiciones, vago, místico, indefinible; predicando la abstinencia por odio al lujo, la obediencia por temor á la libertad, el quietismo por horror á la prevision, es la privacion en todo y por todo. El comunismo, cobarde y énervador, pobre en la invencion, en la ejecucion y en el estilo, es la religion de la miseria.

Acabo de hablar del *lujo*. Como la economía política no dijo nada preciso sobre este punto, la utopia no tenia nada que tomar, y el Sr. Cabet se encontró desprovisto. Nuevo Alejandro cortando el nudo gordiano, el Sr. Cabet tomó valerosamente la resolucion de proscribir el lujo. ¡Nada de lujo! ¡Abajo las modas y los adornos! Las mujeres llevarán plumas artificiales; los diamantes se reemplazarán con bujerías de cristal; los ricos tapices, los muebles preciosos, como los caballos y los carruajes, pertenecerán al Estado, lo cual hará que desaparezcan los envidiosos. El Consejo soberano arreglará la costumbre una vez para siempre. Los trajes, cortados por una veintena de patrones, serán elásticos como el caoutchouc, á fin de delinear el talle y conservar siempre la medida exacta. ¿Por qué se ha de perder el trabajo y la fortuna pública en esos caprichos indecentes que crean el orgullo y la corrupcion?

Así raciocinaban Pitágoras, Licurgo, Platon, Zenon, Diógenes, Jesús y los esenios, los gnósticos y ebionitas, Séneca, todos los Padres, todos los moralistas trapenses, owenistas, etc., etc.

Sin embargo, es preciso decir que en esta cuestion del lujo, la tradicion socialista no fué unánime: algunos hicieron cisma, como los epicúreos, de los cuales salieron los san-simonianos, autores de la rehabilitacion de la carne, y los fourieristas, partidarios del lujo y de la lujuria, *in omni modo, genere et casu*. Estos creyeron que era una táctica mejor, más seductora y lucrativa prometer á sus neófitos en riqueza, lujo, suntuosidad, placeres y magnificencia, todo lo que aquellos se proponen hacer por la modestia y la medianía. Esta escision no tiene nada de sorprendente; era preciso tener en cuenta todos los gustos, y de un lado como del otro, nada se aventuraba. Las suscripciones venian siempre, y hasta

se alababan de obtener los honores de la crítica.

El error del socialismo, tanto epicúreo como ascético, relativamente al lujo, proviene de una falsa noción del valor. Según la ley de proporcionalidad de los productos, el *lujo* es una expresión puramente relativa que sirve para designar los objetos que marcan el último grado de progreso social y que entran en menor cantidad en la composición de la riqueza. Según esta noción elemental de economía política, tan absurda es la pretensión de hacer el lujo común y fácil, como la de prohibirlo, supuesto que por un lado se desconoce la serie de los valores, lo cual nos conduce á una mistificación, y por el otro se mutila esta serie, lo cual equivale á decretar la miseria.

Lo que embaraza á los adversarios del lujo, y á lo que sus apologistas no respondieron sino abandonando la fraternidad y aparentando el más intratable egoísmo, es el modo de hacer la repartición. En una sociedad donde todas las personas son iguales y no pueden tener nada suyo, un aderezo de diamantes, un brazalete de perlas, sería un objeto que, no pudiendo dividirse, crearía en favor del propietario un privilegio nuevo, una especie de aristocracia: pues bien; lo que decimos de las piedras preciosas puede aplicarse á otras mil cosas: el lujo, aunque tenga por principio la escasez, es infinito por la variedad. ¿Cuál es el medio de tolerar semejante abuso en una comunidad? Y pregunto á todos los que se rien de la ineptia *comunista*: si el cielo os hubiese llamado á hacer la constitución icariana, ¿de qué modo habríais salido de esta posición? Pensad en la coquetería de las mujeres, en la galantería de los jóvenes, en el deseo desenfrenado de placeres que domina á todas las almas y que, si no es ya la propiedad, necesita de ella para satisfacerse. Seguramente,

si los diamantes no costasen más que los granos de cristal, el buen Icar no los habría negado á nadie; pero bagatelas raras y difíciles de obtener, son un motivo constante de pretensiones, de envidias y de discordias. ¿Abandonareis la distribución á la lotería? Entonces fomentais el contrabando, y los joyeros, plateros, modistas y artesanos de lujo, solicitados por todo el mundo, formarían bien pronto una corporación anti-comunista. El único medio de salvarse es la prohibición: las riquezas de la impura Babilonia se arrojarán á las llamas ó se confiscarán para servir en las fiestas de la república.

Sin embargo, había un medio fácil y sencillo de salir de apuros: en vez de la distribución en *productos*, adoptar el sistema de la repartición por *equivalencias*. Que cada trabajador, al entregar su producto, reciba un *bono de...* valor recibido en mercancías, y sea de este modo árbitro de su consumo: es evidente que entonces, variando el gasto según los gustos, la repartición de los objetos de lujo se realiza por sí misma y sin envidias, porque todo se paga y no hay preferencias para nadie. Si un objeto cualquiera se pone de moda, inmediatamente sube su precio; y la sociedad, recargando este objeto con un derecho fiscal, convierte el lujo en principio de economía. Tal es, en el fondo, la tendencia de los arbitrios, de los derechos de administración, de circulación y de débito, relativamente á los productos vinícolas é industriales. Si la examinamos de cerca, por todas partes se presenta en la sociedad la tendencia al equilibrio; tendencia contrariada y ahogada siempre por la inercia comunista y la anarquía propietaria.

Desgraciadamente este sistema de repartición que la moneda hizo tan popular desde tiempo inmemorial, no puede aceptarlo el comunismo sin desgarrarse, como Caton, con sus propias manos. Toda

medida del valor es la expresion pura de la individualidad, la declaracion oficial de la apropiacion, y la moneda es la partida de defuncion del comunismo.

He dicho que el comunismo es la religion de la miseria; verdad que los utopistas se ven precisados á reconocer, y que los economistas proclaman en alta voz.

«He demostrado en mi *Curso de Economía política*, dice el Sr. Rossi, que las familias de obreros pueden mejorar su condicion por medio de un sistema equitativo de socorros mútuos, y haciendo sus gastos en comun; y eso es precisamente lo que se puede exigir del espíritu de asociacion y de fraternidad. Dentro de estos límites (que son los de la indigencia), el ejemplo de las comunidades religiosas y de los monasterios puede proponerse muy bien. El aislamiento es funesto para los que tienen *muy poco* que gastar, porque ni pueden hacer anticipos, ni comprar sus provisiones al por mayor y en tiempo oportuno, ni consagrar mucho tiempo y muchos cuidados á su economía doméstica. La multiplicacion de los hogares *para los pobres* es una tontería; y sin soñar con una vida absolutamente comun, que no conviene á los hombres que tienen mujer é hijos, porque tendria á destruir el espíritu de familia, una comunidad parcial de compras, provisiones, comidas y socorros, nada tendria de imposible ni de inmoral, *porque no entraria en esas combinaciones que rechaza la inteligencia de las clases laboriosas*. Si en vez de prestar oídos á los sueños de los hombres de sistema, sólo consultan su equidad y su buen sentido natural, podrán multiplicar y extender sin trabajo los ensayos hechos en esta clase de hechos. *Eso no hace ruido, no hace estrépito*, y para realizarse, no necesita un Josué que detenga la marcha de la sociedad, ni semejantes caminos conducen á los tribunales ni á Cha-

renton. Asociaciones voluntarias y *temporarias* de cinco, seis ó diez familias, más ó ménos, para poner en comun, *no su trabajo, no su vida entera*, no lo que hay de más personal en el hombre y de más íntimo en la familia, sino *una parte* de sus ganancias, de sus gastos, de su consumo, de su vida doméstica material y exterior, en una vida de socorros mútuos: este seria para los trabajadores un medio de bienestar, de educacion y de moralidad.»

¿Lo habeis entendido? El comunismo, como aplicacion de la teoría de reduccion de los gastos generales, sólo es admisible en los límites de la miseria, sólo es bueno para los pobres, y áun éstos, no deben hacer comun su trabajo, ni su vida entera, ni su familia, ni su libertad, ni su ganancia, sino *una parte de sus gastos* nada más; pero una vez mejorada vuestra situacion, huid de la comunidad, os dice, porque esta es la forma del proletariado.

Sí, teneis razon, Sr. Rossi, cuando recomendais á los pobres, y sólo á los pobres, la comunidad de ciertos gastos, dando á entender que si el principio de reduccion de gastos es un instrumento poderoso de economía, lo es tambien de miseria inevitable. ¿Quién no vé que esta teoría, este arte de reducir indefinidamente el precio de las cosas, en el sistema comunista como en el de la propiedad, es la negacion misma de la riqueza?

Lo que la sociedad busca al reducir los gastos, es la economía en el precio de costo, no por favorecer una acumulacion estéril, sino para hacer posible una nueva creacion, es decir, para aumentar cada vez más la produccion y el consumo. La propiedad, al contrario, sólo vé en ella el medio de ensanchar indefinidamente su dominacion exclusiva y envidiosa, creando en torno suyo el silencio y el vacío. Esto es lo que dió lugar á la distincion del producto bruto y

del producto neto, el primero que indica el bienestar colectivo, y el segundo que expresa el beneficio, es decir, la exclusion propietaria. Así los propietarios del *agro romano*, de los cuales hizo Sismondi un lamentable retrato, comprendieron que les era más beneficioso dedicar la tierra á pastos que al cultivo, pues como los industriales, veían su ventaja en prescindir de los obreros. Los propietarios no se proponen resolver este problema: *Hacer producir y consumir lo más posible, por el mayor número posible de hombres*, lo cual es verdaderamente el problema económico; no, ellos toman por regla esta máxima antisocial: *Realizar el mayor producto neto posible*, es decir, eliminar por todas partes el trabajo y el salario.

Con el fanatismo que le distingue, el comunismo se apodera de esta rutina propietaria, y raciocina exactamente como el propietario; no vé en la teoría de la reduction de gastos más que un medio de *disminuir el trabajo para todo el mundo*, sin apercibirse de que semejante disminucion no tendria término, y nos conduciría necesariamente á la inaccion y á la indigencia absolutas.

El *omnibus* es, seguramente, un vehículo económico muy propio del comunista; pero supongamos que la sociedad es bastante rica para dar á cada familia caballo y carrocin; ¿cuál será la razon de existencia, y qué significará la economía del *omnibus*? ¿No es evidente que, á pesar de su utilidad relativa, la sustitucion del coche particular por el *omnibus*, léjos de ser un progreso de la riqueza, indicaría un retroceso? Pues hé ahí precisamente lo que hace el comunismo. Tomando los sofismas de la propiedad, os dice: ¿A qué vienen esos millones de casas que tienen todas reloj, armarios, sillas, mesas, cuadros, grabados, biblioteca, chimenea, lámparas, vajilla y chismes de cocina, provision de ropas blancas para

seis meses, trajes y abrigos, joyas y utensilios de toda clase? ¿A qué viene esta profusion, este despilfarro, pudiendo vivir en comunidad y tener un soberbio reloj que suene majestuosamente en el cenáculo, lucernas deslumbradoras como las de la Ópera, una mesa de quinientos cubiertos, una olla de treinta hectólitros y las sesiones de la Convencion con las victorias de la República, pintadas al fresco en las paredes?

¡Eh, buenas gentes, de quienes se están burlando so pretexto de emanciparos; ¿á qué vienen los joyeros, relojeros, fundidores, grabadores, ebanistas, impresores, modistas, etc., para qué se necesita el trabajo si proscribís la riqueza? ¿A qué viene el género humano, ó mejor dicho, de qué sirve la comunidad? ¿No os encontrais sin ella bien desprovistos y bien miserables?

Estoy léjos todavía de agotar todas mis razones contra el comunismo: nada dije del auxilio inesperado que en este momento está prestando á la conspiracion anglo-economista contra la libertad industrial de los pueblos: por un lado, *la democracia pacífica* no vé en la abolicion de las barreras más que una preparacion al falansterio; por el otro, *El Popular* refiere á sus ovejas la invitacion que Luis Felipe hizo á Cobden, y de este hecho que amenaza la independencia de nuestra patria, deduce la consecuencia de que se acerca el dia *en que los poderosos y los ricos hagan algo en favor de la clase obrera...*

Pero yo no puedo referirlo todo, y creo que lo que he dicho bastará en lo que respecta á la teoría. En cuanto á los hechos del socialismo, así en nuestro siglo como en los anteriores, renuncio á hablarlos de ellos, mi querido Villegardelle, porque la obra seria muy superior á mi paciencia, y me veria precisado á describir demasiadas miserias y no pocas torpe-

zas. Como crítico que debió proceder á la investigación de las leyes sociales negando la propiedad, pertenezco á la protesta socialista; bajo este aspecto, nada tengo que corregir en mis primeros asertos, y soy, gracias á Dios, fiel á mis antecedentes. Como hombre de realizacion y de progreso, rechazo con todas mis fuerzas el socialismo, vacío de ideas, impotente, inmoral, y que sólo sirve para hacer tontos y pillos. ¿No es así como se presenta hace ya más de veinte años, anunciando la ciencia sin resolver dificultad alguna; prometiendo la dicha y la riqueza al mundo, y subsistiendo él mismo de limosnas, á la vez que devora inmensos capitales sin producir nada?

Por mi parte, declaro que en presencia de esta propaganda subterránea que, en vez de presentarse á la luz del día desafiando la crítica, se oculta en la oscuridad de los callejones; ante ese sensualismo desvergonzado, esa literatura fangosa, esa mendicidad sin freno, y ante ese embrutecimiento de espíritu y de corazón que se va apoderando de una parte de los trabajadores, estoy puro de las infamias socialistas, y hé aquí en dos palabras, sobre todas las utopias de organizacion pasadas, presentes y futuras, mi profesion de fé y mi criterio:

*El que, para organizar el trabajo, recurre al poder y al capital, miente,*

*Porque la organizacion al trabajo debe ser la decadencia del capital y del poder.*

## CAPÍTULO XIII

## DÉCIMA ÉPOCA.— LA POBLACION

§ I.—Destrucion de la sociedad por la generacion y el trabajo.

«Epiterso, padre de Emiliano, retórico, navegando de Grecia á Italia en una nave cargada de diversas mercancías y viajeros, hácia la caída de la noche y habiendo cesado el viento cerca de las islas Equinadas, que están entre la Morea y Túnez, llegó la nave á Paxos. Habiendo abordado allí, algunos de los viajeros dormian, otros velaban, y otros bebian y comian; cuando de repente se oyó una voz que llamaba á THAMOUN, y cuyo grito horrorizó á todos. Este Thamoun era el piloto, hijo de Egipto, no conocido por su nombre sino de algunos viajeros. Por segunda vez se oyó aquella voz que llamaba á Thamoun con gritos horribles. Como nadie contestaba y todos permanecian en silencio y temblando, por tercera vez aquella voz se oyó más terrible que ántes. Sucedió despues que Thamoun respondió: Aquí estoy; ¿qué me pides, qué quieres que haga? La voz sonó más fuerte todavía, diciéndole y ordenándole: cuando llegues á Palodes, dí y publica que Pan, el gran Dios, ha muerto!

»Oidas estas palabras, decia Epiterso, todos los marineros y viajeros se quedaron asustados, y deliberando entre ellos sobre si seria mejor callar ó publicar lo que se habia ordenado: Thamoun dijo que en cuanto tuviesen viento de popa, saliesen de allí sin decir nada, y cuando llegasen á otro punto, significasen lo que habian oido. Cuando estuvieron cerca de Palodes, sucedió que no tuvieron viento ni